

les bourgeoises, Kemp afirma que «la gana i la mort que han assolat el Sahel i Etiòpia en els últims anys poden ser enteses com un indicador que el medi ambient continua en el seu intent per aconseguir el necessari equilibri ecològic per a la solució dels problemes».

Just abans d'acabar, comentarem una subtilesa lingüística. El traductor al castellà d'*Atmospheric Pollution* fa servir l'expressió «gases de húmero», cosa que pot portar a pensar en una estranya patologia òssia o en un revolucionari sistema de dessulfurització» Suposem que en realitat el text parla de «gases de humero» (sense accent) —canó de la xemeineia per on surt el fum.

Recomanaria, doncs, el llibre de Kemp per la seva claredat d'exposició i perquè dona una visió de conjunt dels problemes ambientals. En canvi, només recomanaria el llibre d'Elsom a especialistes del tema o a col·lectius especialment interessats en medi ambient. *Global Environmental Issues* fa que el lector s'interessi pels temes descrits: és un acostament gradual a problemes prou complexos. Kemp no pretén abastar tota la problemàtica, a vegades tan sols es limita a insinuar, a intuir, cosa que fa que el lector reflexioni. Aquesta hauria de constituir la raó de ser de les ciències socials: la reflexió.

Cristóbal Mendoza

Lacoste, Yves (1990), *Paysages Politiques*, París, Le Livre de Poche. Librairie Générale Française, 284 pp.

Yves Lacoste es conocido entre nosotros sobre todo por aquel título —*La geografía: un arma para la guerra*— que hace apenas tres lustros introdujo un aire nuevo y una cierta perturbación en las calmas aguas de la geografía española y ha representado un punto de referencia esencial para muchos geógrafos que aspiraban a renovar el paradigma de la ciencia geográfica o, cuando menos, ampliar-

lo con la incorporación de nuevos puntos de vista y campos de análisis.

No son muchas las obras de este importante geógrafo francés traducidas al castellano. Además de la ya mencionada, publicada por Anagrama en 1977, destacan las clásicas *Geografía del subdesarrollo* (Ariel) e *Ibn Jaldún, el nacimiento del Tercer Mundo* (Península), aparte de su participación como coautor, junto a Pierre George y otros, en *Geografía activa* (Ariel) o en el comité de redacción de los anuarios *El Estado del Mundo* (Akal).

Lacoste es conocido fundamentalmente por ser el director de la revista de geografía y geopolítica *Hérodote*, donde el análisis geográfico sirve para una adecuada comprensión de los acontecimientos políticos y estratégicos de la actualidad, cuya dimensión espacial raramente nos es revelada por los grandes medios de comunicación. Algunos artículos de los primeros números de *Hérodote* (1976 y 1977), entre ellos dos de Yves Lacoste, fueron publicados en castellano en 1977 por Dédaio Ediciones bajo el título de *Geografías, ideologías y estrategias espaciales*, con una interesante introducción a cargo de Nicolás Ortega.

En el libro que ahora nos ocupa, su autor insiste en las relaciones entre geografía y política. La obra se articula en tres partes diferenciadas, unidas por el común denominador de la reflexión espacial.

En la primera parte, «El mapa y el paisaje», retoma la consideración estratégica del saber geográfico que ya aparecía en *La geografía: un arma para la guerra*. Define el mapa como un medio para prevenir los obstáculos y reducir el azar, por lo que constituye un instrumento privilegiado en manos del Estado, enemigo del azar por definición, para controlar a las poblaciones sujetas a su autoridad, sobre todo cuando el mapa incorpora fenómenos humanos cartografiados.

Considera Lacoste a la geografía, a diferencia de las ciencias propiamente dichas, es-

pecializadas en parcelas cada vez más estrechas de la realidad, como un «saber» que estudia las configuraciones espaciales de una variada gama de fenómenos, tanto de las ciencias de la naturaleza como de las sociales. Lo que importa al geógrafo, según él, son las características espaciales de las diferentes categorías de fenómenos y las relaciones entre ellos: su representación espacial y los encabalgamientos a que da lugar. El espacio geográfico no es, pues, la yuxtaposición de un cierto número de regiones definidas, sino la superposición de numerosos mosaicos recordados de manera muy diferente según la categoría de los fenómenos que se representan, cuyo dinamismo se manifiesta según ritmos muy diversos. Así pues, el geógrafo está obligado, para interpretar la realidad, a utilizar diferentes niveles de análisis.

Tras exponernos su visión particular de la geografía («saber pensar el espacio»), Lacoste se interroga sobre la utilidad del paisaje, objeto privilegiado del análisis geográfico. Además de los valores estéticos (paisaje-espectáculo) y su rentabilidad turística y especulativa, la representación de paisajes reales —que el arte pictórico no emprendió hasta la segunda mitad del siglo XIX— se desarrolló con fines estratégicos desde finales del siglo XVI, mediante grabados para uso militar que representan con precisión ciudades fortificadas y el paisaje que las rodeaba, en un período histórico en el que los mapas eran todavía escasos y muy rudimentarios.

La geografía universitaria, que se desarrolla a partir de la segunda mitad del siglo pasado, se define como «ciencia del paisaje». Con Vidal de la Blache aparece la preocupación por el paisaje y su descripción, aunque posteriormente los geógrafos nos describirán ya el paisaje que se ve sobre el terreno, sino el de los mapas, introduciendo en geografía la confusión entre paisaje y mapa, sobre todo en aquellos países donde abundan los mapas a gran escala.

La segunda parte, «Pensadores de espacios», está dedicada al análisis de los plan-

teamientos geográficos de tres autores muy diferentes: el historiador Fernand Braudel, el novelista Julien Gracq y el geógrafo Elisée Reclus. Para Lacoste, Braudel demuestra de forma fehaciente la profundidad de su razonamiento geográfico en la obra *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, en la que geografía e historia se interrelacionan e imbrican, Braudel identifica el tiempo histórico «largo», correspondiente a una «historia casi inmóvil», con el «tiempo geográfico» y a él dedica el tercio inicial del libro, «La part du milieu».

Analiza también Lacoste la novela *Le rivage des Syrtes*, Premio Goncourt 1951, escrita por Julien Gracq, seudónimo de Louis Poirier, profesor de historia y geografía en un instituto de París. Califica esta obra como «una novela geopolítica», pues trata los problemas del poder, los territorios y las fronteras. Una temática geopolítica que rastrea a continuación en los escritos de Elisée Reclus, considerado por Lacoste como uno de los más grandes y completos de la geografía francesa. Injustamente marginado por sus ideas políticas anarquistas, su obra ha sido olvidada por la Escuela Francesa, en la que triunfó la visión más reduccionista de Vidal de la Blache —«la geografía es la ciencia de los lugares, no de los hombres»— y la Escuela de los Anales. La geografía universitaria francesa, centrada en el estudio de la región, rechazará toda la obra de Reclus, pero también toda una tradición en la que Reclus estaba inmerso y de la que participan Humboldt (*Ensayo político sobre el Reino de Nueva Granada*, 1811, y *Ensayo político sobre la isla de Cuba*, 1811), Ratzel (*Antropogeografía y Geografía Política*) y el propio Vidal con su última obra, *La France de l'Est*. Durante décadas, la geografía académica, de los profesores, se olvidó de la dimensión espacial de los fenómenos políticos y militares, aunque la obra de Reclus alcanzó gran difusión entre público cultivado. En España, ejerció especial influencia, hasta 1939, en los importantes medios anarco-sindicalistas.

Ni siquiera la aparición en los años cincuenta de una tendencia geográfica marxista —Pierre George— hizo renacer el interés universitario por la obra de Reclus, que no se recuperó hasta los años 70, de la mano de los geógrafos agrupados en torno a la revista *Hérodote*, especialmente Beatrice Giblin. En nuestro país iniciaron esta labor de recuperación el colectivo de geógrafos de la Universidad Autónoma de Barcelona coordinado por Rosa Ascón, impulsores de la publicación del volumen *La Geografía al servicio de la vida*, antología de textos de Reclus (Colección Nadir, Barcelona, 1980), y de María Teresa Vicente, autora de la obra *Eliseo Reclus: la geografía de un anarquista* (Los Libros de la Frontera, Barcelona, 1983).

La tercera y última parte del libro la dedica Yves Lacoste al estudio geográfico y político de los espacios desérticos, objeto de representación ideológica por parte de los medios de comunicación de masas (películas del Oeste, imágenes de las dunas saharianas), pero también de interés estratégico para controlar los escasos puntos habitables y las rutas de paso.

A pesar de su aparente uniformidad, las zonas áridas se caracterizan por una gran diversidad física y humana. En similares condiciones de aridez —desierto australiano, Kalahari, suroeste de Estados Unidos— viven poblaciones con niveles de vida sumamente diferenciados: aborígenes australianos y bosquimanos del Kalahari, que ignoran las técnicas más

rudimentarias, frente a poblaciones altamente evolucionadas en el desierto estadounidense, donde se localiza la segunda conurbación del país, Los Angeles-San Diego. Hay desiertos tropicales (Sahara, Arabia, Atacama, Kalahari, Australia) y otros de latitudes más altas (Asia Central). Algunos, en fin, están atravesados por ríos que descienden de elevadas montañas donde no escasea la nieve (Mesopotamia, Valle del Indo).

Finalmente, Lacoste hace un análisis geopolítico del desierto por antonomasia, el Sahara, donde abundan los conflictos y las tensiones, provocados en gran medida por su parcelación entre numerosos Estados, una división que no acaba de ser aceptada por los nómadas, como lo demuestra la actual rebelión *tuareg* en Mali y Níger.

De la reflexión teórica sobre el papel de la geografía al análisis de los espacios desérticos, que cubren aproximadamente un tercio de la superficie terrestre, pasando por el estudio de la dimensión geográfica de tres autores diferentes, el geógrafo francés Yves Lacoste, profesor de geografía en la Universidad de París-VIII, reflexiona en este libro, con estilo ágil y asequible, sobre la dimensión estratégica y política del espacio geográfico, convirtiendo a la geografía en un arma eficaz y atractiva para el análisis de una realidad, ahora más que nunca, en constante y dramática transformación.

Modesto Blanco Sánchez